

ALBA, Víctor: *¿Ocio o placer? Suicidio de la burguesía y agonía del proletariado*, Ed. Planeta, Barcelona, 1991)

JOSÉ LUIS POZO FAJARNÉS

Las ideas que nos regala Víctor Alba en este ensayo forman un cuerpo ordenado y van a concluir en otra idea muy sugerente cargada de utopismo. La lectura del libro es muy agradable y asequible. Desglosa el contenido de su ensayo en cuatro partes. Las tres primeras nos preparan el terreno para hacer creíble su tesis importante, que está amplia y claramente expuesta en el capítulo cuarto. La primera de ellas analiza en rasgos generales los avatares sociales, políticos y económicos que han colocado a España en la situación actual. La aplicación de la ciencia y la tecnología al sistema productivo provoca un aumento de los conocimientos y con este desarrollo aparecen técnicas que ahorran tiempo, lo cual significa en términos relativos que el tiempo de cada uno va a sufrir un alargamiento. Las máquinas siempre lo han ahorrado pero tal beneficio no siempre fue ahorro de tiempo, pues los obreros hacían el mismo trabajo y lo que aumentaba era el rendimiento. La política desarrollista comenzó en los sesenta con el aupamiento por parte de Franco de los tecnócratas del Opus Dei. Con éstos se elevaba al poder —antes que en Europa— una «clase» que propiciaría el propio suicidio de los que ayudaron a auparla: «Si la burguesía se suicidó al expandirse y verse forzada a dejar al eje-

cutivo las funciones del amo, el proletariado, al enfrentarse con los robots, se ve amenazado de desaparición por tener que dejar sus funciones a máquinas programadas» (p. 78).

La segunda parte señala la falta de realidad entre lo que realmente sucede y lo que aparece como fachada; critica la falta de realismo de los responsables sociales, los cuales confían en una economía de mercado que ya no funciona. Francis Fukuyama ante el derrumbamiento del mundo comunista expuso su tesis del «fin de la historia», quizá contagiado de la tesis marxista de que la desaparición de las clases marcaría ese fin. Tal postura se apoya en el convencimiento erróneo de una economía de mercado viva y fuerte. Alba señala que, lejos de todo ello, la caída del bloque socialista debilita más todavía su grave situación. Además, si se analiza objetivamente lo ocurrido se observa que «el capitalismo no derrotó al comunismo sino que éste se derrotó a sí mismo por razones que tienen que ver con su concepción de la vida, la economía, la sociedad, el hombre, y no con la supuesta superioridad de las concepciones propias del capitalismo... Olvidamos que si el comunismo tuvo la posibilidad de tomar el poder, en Rusia, fue precisamente porque la economía de mercado (que entonces se

llamaba claramente capitalismo) había creado condiciones de insatisfacción propicias para el surgimiento de utopías y deseos de 'construir' sociedades mejores» (p. 111).

La tercera parte del ensayo va introduciendo los datos que diferenciarán la sociedad del futuro: en ella no habrá ni burguesía ni proletariado y además la producción se llevará a efecto por ejecutivos como únicos responsables y trabajadores a la vez. La sociedad del futuro será una sociedad de servicios en la que los obreros desaparecerán. Tal desaparición será debida simplemente a que sobran y por ello será necesario crear nuevas funciones para los que han perdido las que eran suyas.

La cuarta y última parte del trabajo de Víctor Alba esboza un futuro utópico en cuanto a su idea de educación. Está cerca el tiempo en que los servicios absorberán las cuatro quintas partes de la fuerza de trabajo, y además, el tiempo de trabajo será mucho menor. Ello conllevará mayor dependencia de todos en relación a todos, con lo que quizá cambie la mentalidad despectiva que respecto de los servicios hoy día se da.

En toda sociedad el conocimiento es valioso, pero en la sociedad de servicios el conocimiento es poder. La cuestión de cómo absorber, desarrollar y utilizar los conocimientos será crucial y los más poderosos serán los más imaginativos a la hora de sustituir los servicios por nuevas tecnologías. El quid de la cuestión está en el cambio que debe darse en

los que no son poderosos, en los que tienen menos conocimientos. La solución de este problema se la imagina Víctor Alba de la forma que ahora paso a detallar.

La sociedad de servicios que nos dibuja es una sociedad en que la única distinción que habrá entre las gentes dependerá del nivel de conocimientos, y los que puedan obtenerlo formarán una élite que implicará desigualdad, injusticia y frustraciones; por ello la educación debe sufrir una revolución y deberá enseñar a ocupar el ocio; éste, sin educación, sólo traerá aburrimiento. Las sociedades y estados democráticos, deberán cuidar la salud intelectual de sus ciudadanos. Esta idea se apoya en que las fuerzas de cretinización son amenazadoras para la democracia. La democracia exige responsabilidad, que a su vez exige racionalidad, la cual debe aprenderse ya que no surge en cada uno por generación espontánea.

La cuestión es «gozar del ocio», o sea, no aburrirse. «El ocio es, por decirlo así, vivir sin biografía. Y gozar del ocio es crearse una biografía, ponerse en situación de que le ocurran a uno cosas» (p. 258). El mayor fracaso de la escuela es salir de ella y no quedar «enganchado en la droga de la educación».

Esta es la conclusión a que llega Víctor Alba: los gobernantes, los ostentadores del conocimiento, deberán cuidar de tener unos gobernados cultos para que tengamos en el futuro próximo: igualdad, justicia, en una palabra: democracia. Y, por supuesto, que los go-

bernados sientan el placer de vivir en ella.

Su conclusión haría necesaria cierta reflexión, pero ese no es tema de esta reseña, sino que sería crítica de su libro.

Por lo tanto nos quedamos en este punto, reiterando que la lectura del mismo es asequible y agradable; y con esa tendencia que tienen ciertos libros de promover discusiones teóricas muy fructíferas.